

llenar sus deberes y formar hijos para la Iglesia y santos para el cielo. Hé aquí el motivo por qué nuestro Señor elevó este contrato natural á la dignidad de Sacramento; sin embargo no á todos precisa recibirlo, pues Jesucristo dió mas quilates á la virginidad, afirmandonos el Apóstol que el jóven que se casa no hace mal, pero el que no se casa hace mejor ¹. Siga cada cual su vocacion.

7.º *Liturgia del Matrimonio.* ¿Qué diremos de las ceremonias que acompañan á la union solemne de los esposos? Su primér titulo á nuestra veneracion es su antigüedad: desde los primeros siglos estilóse entre los cristianos santificar sus enlaces mediante las oraciones comunes de la Iglesia y la bendicion de sus ministros ². Celebrábanse los casamientos en público, por ante obispo, quien mientras la accion del santo sacrificio encomendaba á Dios á los desposados, y éstos hacian su ofrenda junto con los demás fieles, pero sus nombres se recitaban en particular. Para ellos la bendicion nupcial no era una mera ceremonia, sino un manantial de gracias; á la misma iba unida la bendicion del anillo que el novio ponía en el dedo de la desposada, y á mas acostumbraban ofrecer algunas monedas para los pobres, pues siempre nuestros padres en la fe quisieron que éstos participasen de sus fiestas, como miembros de una misma familia, persuadidos de que no podian unos divertirse mientras los otros padeciesen. El desposado tomaba de la mano á su compañera en señal de la fe jurada ³; despues extendian sobre su cabeza un velo, símbolo misterioso del pudor que habia de descollar en su conducta, cuyo velo era de púrpura para mejor significar esta virtud tan propia de los casados, y que constituye su mayor realce ⁴.

Otra ceremonia no menos antigua que la precedente consistia en coronar á los desposados: el sacerdote ceñía sus sienes con una diadema, que despues se conservaba en la iglesia como un objeto santo, regularmente compuesta de una rama de olivo orlada de franjas blancas y purpúreas, aludiendo á la inocencia virginal que las esposas aportan al Sacramento, y á la gloriosa victoria que han conseguido sobre sus pasiones ⁵. Los contrayentes comulgaban en la

¹ I Cor. vii.

² Ign. *Ep. ad. Polycarp.*; Tertul. *Ad uxor.*

³ S. Greg. Naz. *Epist. LVII.*

⁴ S. Ambr. *Lib. de Virgin.* c. 13.

⁵ S. Chrys. *Homil. IX in I Cor.*

misa de los desposorios, para sellar con la sangre misma del Salvador la union contraida, y adquirir por medio de este adorable misterio las gracias correspondientes á su nuevo estado. ¿Por qué no se practica eso mismo en nuestros dias? ¿acaso es menor ahora la necesidad, y están menos obligados á ser santos los casados de estos tiempos que los primitivos cristianos?

Es verdad que algunas de estas venerables ceremonias han logrado conservarse: apenas los novios en compañía de sus testigos llegan al templo, corren á arrodillarse al pié del altar, el novio á la derecha y la esposa á la izquierda; el ministro anuncia nuevamente el futuro matrimonio, é interpela á los asistentes para que declaren si hay algun impedimento; no habiéndolo, pide á los contrayentes que reiteren su mútuo consentimiento; y ordenándoles darse la mano derecha, pronuncia sobre ellos esta sagrada fórmula: *Yo os junto en matrimonio, en el nombre del Padre, y del Hijo, etc.* Al decir estas palabras les echa la bendicion, para significar que si el Señor elevó el matrimonio á la dignidad de Sacramento, fué en nombre de la beatísima Trinidad, y por los merecimientos de la pasion de nuestro Salvador, de suerte que nadie pueda ya romper el vinculo que ella establece entre los esposos; además los rocía con agua bendita para que entiendan que su union ha de ser santa. Hecho esto, quedan unidos para siempre: los Ángeles del cielo y la Iglesia de la tierra han oído sus juramentos: el mismo Dios los acaba de acoger, y así ya no debe animarles sino un corazon y una alma.

Únicamente falta entregar á la esposa el signo de su alianza y el emblema de su propia renuncia; hácelo el ministro bendiciendo la sortija que el novio presenta, y que la desposada acepta cual símbolo de la cadena que se ha impuesto, porque desde aquel momento no se pertenece, sino que pertenece al marido, conforme la Iglesia pertenece á Jesucristo. Tambien bendice el sacerdote una moneda, prenda de la comunidad de bienes entre los esposos.

En seguida se celebra la misa. Despues del *Padre nuestro* vuélvese el celebrante, y extendidas sus manos sobre los esposos, reza un admirable prefacio, por el cual llama sobre ellos todas las bendiciones que antiguamente se derramaban en las alianzas de los Patriarcas: «¡Oh Dios, exclama, que mediante este Sacramento agusto santificásteis la union conyugal, haciéndola simbolo de la union de Jesucristo con su Iglesia! ¡oh Dios, que dísteis la mujer por compañera al hombre, embelleciendo esta sociedad por medio

«de una bendicion que ni la pena del pecado original, ni la senten-
«cia del diluvio pudo desvanecer! ¡oh Dios, árbitro único de los co-
«razones, que mediante vuestra providencia todo lo sabeis y todo lo
«governais, uniéndolo sin que nadie alcance á separarlo, bendicién-
«dolo sin que nadie alcance á destruirlo! ¡oh Dios, os conjuramos
«que unais íntimamente los corazones de estos desposados, y les ins-
«pireis un sincero afecto, y siendo Vos el único, verdadero y solo
«Omnipotente, haced que sean una sola cosa con Vos! Mirad benigna-
«mente á esta esposa que antes de entregarse á su marido quiere
«rodearse de vuestra sacrosanta proteccion; haced que esté siempre
«bajo el yugo de la caridad y de la paz, que se despose casta y fiel
«en Jesucristo, y que siga por siempre jamás el ejemplo de esas san-
«tas mujeres: amable con su marido como Raquel, prudente como
«Rebeca, de una vida fiel y dilatada como Sara; y que el autor de
«toda prevaricacion no encuentre en sus obras nada que vindicar;
«que permanezca sumisa á la fe y los divinos mandamientos; que
«adicta á su esposo evite todo roce impuro, protegiendo su debili-
«dad bajo la fuerza de la disciplina cristiana; que sea respetable por
«su modestia, venerable por su pudor y profundamente instruida en
«vuestra celestial doctrina; que fecunda, inocente y amada, logre
«el reposo de los bienaventurados y la patria celestial; y los dos reu-
«nidos vean los hijos de sus hijos hasta la tercera y la cuarta gene-
«racion, alcanzando una venturosa ancianidad.» El sacerdote im-
«plora todas estas bendiciones por nuestro Señor Jesucristo; y de se-
«guro tendrian siempre colmado efecto si los consortes no pusiesen
«á ellas obstáculo alguno. ¡Cuán grave y solemne es esta plegaria!
¡qué pompa augusta y silenciosa la acompaña! Adviértese al hom-
bre que emprende una nueva carrera; las palabras de la bendicion
nupcial, las mismas que el Altísimo pronunció al unir á los dos
primeros seres, sobre llenar al marido, de un gran respeto, le avi-
san que está cumpliendo el acto mas importante de la vida, que
como Adán va á ser jefe de una familia, y que se hecha á cuestras la
carga mas pesada de la humana condicion. A la esposa no la ins-
truye menos, quitando desde luego de su vista la imágen de los dis-
frutes, para sustituir á ella la de los deberes, como si una voz le
gritara desde el altar: ¡Oh Eva! ¿sabes bien lo que haces? ¿sabes
que no ha de haber ya para tí mas libertad que la del sepulcro?
¿sabes qué cosa es llevar en tus mortales entrañas al hombre inmor-
tal, hecho á imágen de Dios? Entre los antiguos el himeneo se re-

ducia á una ceremonia llena de escándalo y de ruidosa algazara, muy
poco propia para dar idea de las graves consideraciones que el Ma-
trimonio trae consigo; solo el Cristianismo pudo restablecer su dig-
nidad¹.

Concluida la misa, procédese al registro del acta del casamiento,
conforme se practicaba ya entre los primitivos cristianos, los cuales
tenían unos registros análogos llamados *tablas matrimoniales*, donde
se inscribian no solo las convenciones relativas á los intereses mate-
riales, sino tambien las obligaciones de los desposados; por manera
que los santos Padres en la asamblea de los fieles apelaban á lo con-
signado en estas tablas para recordar á los casados la santidad de sus
deberes, haciéndoles presentes sus compromisos contraidos, y los
fines que se propusieron al abrazar el estado conyugal. Todos los pre-
sentes al Matrimonio firmaban dichas tablas, y el obispo, como pa-
dre común de los fieles, las *suscribia* igualmente. Hé aquí las preces
y ceremonias que acompañan á la celebracion del Matrimonio cató-
lico; ¿quién ponderará ahora los beneficios sociales de este Sacra-
mento?

8.º *Beneficios sociales.* Si la familia es la base de la sociedad, no-
toriamente el Sacramento que forma la familia es la base del edifi-
cio social; y nuestro Señor elevando el matrimonio á la jerarquia de
Sacramento, sublimó á la sociedad en masa, dándola la preeminen-
cia intelectual y moral que distingue á los pueblos cristianos. Entre-
mos en materia: la unidad, la indisolubilidad y la santidad eran los
caracteres de la familia primitiva, la que desarrollándose segun es-
tos principios debió haber producido una sociedad la mas perfecta;
pero el desórden original trastornó los divinos planes, y la poliga-
mia y el divorcio, rompiendo la unidad primaria, en vez de la paz
y el bienestar llevaron al seno de la familia la division, la sangrienta
ojeriza, los celos, el oprobio y la desgracia². La concupiscencia aho-

¹ Véase *Genio del Cristianismo*, t. I, c. 10; S. Aug. *Serm. CCCXXXII et LI*.

² Concibo la unidad, la indisolubilidad, y de consiguiente la consagracion del Matrimonio, por la imposibilidad de hallar fuera de él la dicha conyugal, la autoridad paterna, la educacion de los hijos (si aun puede admitirse la existencia de ellos), la fuerza ó siquiera el honor y la fortuna de todos. La sola perspectiva de un divorcio posible bastaría para malear y aun pervertir al mejor de los esposos, y envenenar la union mas venturosa. (*Madrolle, Demostracion eucarística*).

gando toda idea de santidad rebajó los consortes al nivel de los brutos; del hogar doméstico solo salieron enjambres de seres malignos, y la sociedad degradada se abatió en la cloaca de su propia corrupción. Entonces el padre fué un déspota, la madre una esclava, y el hijo una víctima, hasta que se convirtiera en verdugo de sus criminales progenitores: tal es en dos pinceladas la historia de la familia pagana. Pero el Hijo del Altísimo, el Verbo por quien todo ha sido hecho, descendió de los eternos collados, y vino á restaurar su propia obra empezando por reducir á la familia á su primera institucion; y, proscribiendo la poligamia y el divorcio, hizo del vínculo conyugal un Sacramento de la ley nueva, condecorado con abundantes gracias para todas las necesidades de los esposos. Con esto la familia cambió de aspecto, y el mundo quedó renovado por la familia.

¡Qué inmensa distancia hay entre el padre gentil y el padre cristiano! El primero es un tirano armado de una espada, sin otras relaciones con sus hijos que las que tiene el animal con sus crías, ó el déspota con sus esclavos, siéndole completamente desconocida la paternidad con todo lo que tiene de sublime; por el contrario, el segundo conoce perfectamente las santas excelencias de ella; representante venerable del augusto Padre que reina en los cielos, é imagen viva del Criador, participa no solo de su divina paternidad, sino tambien de su ternura inagotable; objeto de amor y respeto, la misma familiaridad que inspira á su esposa y á sus hijos facilita de un modo delicioso el ejercicio de su poder, y á cada momento, así en las ocasiones mas fútiles como en las mas importantes, conoce y siente ser mas querido aun que temido, y su autoridad mas sagrada que si empuñase el sable de los tiranos. El Cristianismo hace destellar de su frente una chispa de la majestad del Altísimo, y sin cesar oyes en la familia una voz dirigida á él, que dice: «¡El que te escucha me «escucha!»

Y ¿qué diremos de la esposa? á nadie mas que á ella favoreció el sacramento del Matrimonio. Considerando su condicion en el gentilismo, solo veo una esclava á la que se afrenta, se apalea, se despide y se hunde en la miseria y la vergüenza, ó una bestia de carga á la que se oprime con toda especie de trabajos, conforme sucede aun entre los pueblos africanos; pero ¡mirad qué posicion el sacramento del Matrimonio señala á la madre de familia en la sociedad cristiana, y veréis cuánta diferencia! Ser consagrado, objeto de la afeccion mas viva, de las consideraciones mas delicadas y hasta de la

veneracion de todos los que la rodean, ya no halla en el consorte un déspota, sino un protector y un apoyo; ejerciendo sobre su corazon un'eficacísimo imperio, el de la dulzura y la paciencia. Colocada entre el padre y el hijo, ella es la suave medianera de la paz, el apóstol de la caridad, la que comunica en torno suyo junto con la conducta cristiana para la que es tan acomodada, y desempeñando una mision angélica atrae su marido á Dios mediante sus virtudes, y esparce la semilla del bien en el corazon de los niños: ¿cabe autoridad mas inefable? Gracias á las ideas que el Cristianismo nos ha inspirado, el hijo que en el dia dejase de idolatrar y respetar á su madre, vería caer sobre su cabeza una lluvia de anatemas.

Y este hijo mismo; ¿cuánto no debe al Sacramento angusto que trocó en nuevos seres á los que le dieron vida? Esclavo, víctima, juguete de todos los caprichos y blanco de todas las violencias, tal era entre los paganos, viéndose despreciado en su ser, en su inteligencia y en su coracon; pero ¡cuán trocada queda su suerte en el Cristianismo! Hijo de Dios, antes de serlo de sus padres, hermano de Cristo, heredero del cielo, ángel de la tierra, santuario vivo de la Divinidad; tal es el hijo de la fe: ¡qué barrera tan formidable protege su vida! ¡Desgraciado quien osare atacar sus dias ó su inocencia; porque tocarle á él, es tocar en la niña del ojo al Dios que fulmina el rayo! Así ya no me admiró de ver poblarse campos y ciudades de establecimientos consagrados á la conservacion del cuerpo y del alma de los niños; porque servir á estas criaturas del Altísimo, segun nos afirma el Cristianismo, es hacerse acreedor á la gratitud eterna del Padre que está en los cielos.

Hé aquí en breves palabras todo lo que el sacramento del Matrimonio ha hecho y sigue haciendo en pro de la familia, en beneficio de todos sus miembros, y de consiguiente en ventaja de la sociedad, cuya base constituye. Suprimase este Sacramento, y la union del hombre con la mujer ya no será sino un vil mercado, y la fortuna ocupará el lugar de las sólidas cualidades que, sobre asegurar la dicha de los esposos, acarrearán el reposo y la moralizacion de la sociedad; suprimase este Sacramento, y la familia volverá á hundirse en el cieno de su ignominia, de que el Evangelio la sacó, el padre será otra vez un verdugo, la madre una esclava, y el hijo una víctima. Fijad la vista en los pueblos que todavia no vieron brillar la buena nueva; fijadla en los que no quieren mirarla; ¡qué espectáculo!

¡Y aun hay hombres que preguntan de qué sirve el Cristianismo!
¡Oh filósofos *profundísimos!!!*

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber elevado el Matrimonio á la dignidad de Sacramento: haced la gracia á todos los que lo reciben de que puedan cumplir bien sus deberes.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, quiero rezar á menudo por mi padre y por mi madre.

LECCION XLVI.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA CARIDAD.

Armonía de las tres virtudes teologales. — Se define la caridad. — Su excelencia. — Su primer objeto, Dios. — Necesidad de ella. — Ejemplos históricos. — Regla. — Pecados opuestos á la caridad. — Su segundo objeto, el prójimo. — Regla. — Necesidad. — Aplicación. — Obras de caridad espiritual y corporal. — Pecados opuestos.

La fe conduce á la esperanza, y la esperanza á la caridad: por la fe nuestro espíritu granjea un rico patrimonio de verdades que lo ilustran, lo ennoblecen, consuelan y divinizan en cierto modo, haciéndole participe de las luces mismas del nuevo Adan; por la esperanza nuestra voluntad, llevada mas allá de los bienes naturales y caducos que ella mira con noble desden, corre tras la posesion de los bienes que la fe columbra, esto es, de los bienes sobrenaturales que consisten en Dios mismo junto con la felicidad, la gloria y la suma de dichas para el cuerpo y para el alma, cuyo origen es Dios, y que están prometidas á sus escogidos; últimamente la caridad ennoblece nuestro corazon, haciéndole rebosar de amor á Dios y á los bienes que la fe revela, y que la esperanza aguarda; y por medio de estas tres virtudes, que mutuamente se enlazan, atraen y aquilatan, opérase nuestra union con nuestro Señor, empezando en la tierra la vida divina que se consumará en la eternidad.

Esas tres virtudes, fe, esperanza y caridad, se llaman *teologales* porque tienen por objeto al mismo Dios, y nos conducen á él directamente ¹. ¡Qué sublimidad en su esencia! ¡qué nobleza en sus re-

¹ *Habitus specie distinguuntur secundum formalem differentiam objectorum: objectum autem theologiarum virtutum est ipse Deus, qui est ultimus rerum finis, prout nostræ rationis cognitionem excedit. Objectum autem virtutum intellectualium et moralium est aliquid quod humana ratione comprehendí potest. Unde virtutes theologice specie distinguuntur à moralibus et intellectualibus... virtutes intellectuales et morales perficiunt intellectum et appetitum hominis secundum proportionem naturæ humanæ; sed theologice supernaturaliter. (D. Thom. 1^o 2, q. 72, art. 2).*